

ELEAZAR HUERTA

EVOCAACIONES

1924 - 1964

UNOS CINCO o seis años después de terminar la Primera Guerra Mundial, o sea, cuando de la muerte empezó a brotar una nueva vida, se hizo ya visible el rostro del siglo xx. Frente al comunismo se alzaba violentamente Mussolini, con su fascio, y era redactada en la cárcel por Hitler la primera parte de *Mein Kampf*. Ya había, pues, contendientes, día y noche, pasión y posibilidad de avance doloroso. La historia marcha así, mediante la danza de Siva.

Por supuesto, quienes no percibían la realidad surgente contribuían a crearla. Y nadie ganó en falta de olfato histórico a los aislacionistas de Estados Unidos, que no entendieron a Wilson y desertaban de su puesto en el mundo.

En filosofía y literatura, lo nuevo también empezaba a tomar peso. De gesto aislado, en algunos videntes, pasaba a hecho social. Ganaban la calle cosas como el irracionalismo, la exploración del subconsciente, la poesía onírica, cargada de oscuras metáforas.

Los laboratorios, sabíase que poseían descubrimientos revolucionarios, cuya aplicación a la ingeniería, la medicina y la guerra iba a cambiar el mundo.

No es de extrañar, pues, que en ciertos países tranquilos, un poco marginales, los intelectuales que querían entender su época lo mejor posible fundaran revistas. En España, apareció la *Revista de Occidente*, como ojo del gran Ortega. Con pocos meses de diferencia, acá en Chile empezaba a publicarse *Atenea*, órgano de la Universidad de Concepción. Interesa señalar tal coetaneidad.

El paralelo entre ambas revistas me parece interesante porque, al trascender diferencias innegables y aun de bulto, se nos revela que significaban lo mismo, cual actitud ante los tiempos. Ortega, con su equipo, deseaba sacar a España de sus charlas de café, haciéndola dialogar con Europa. El rector Molina, informar a los santiaguinos

centralistas de que existía Concepción y existían otras gentes además de las doscientas familias y, en definitiva, existía Chile.

Por eso, fue perfilándose con unos rasgos paradójicos que en 1940, cuando yo llegué a este país, eran característicos, y que sólo ahora están cambiando, cuando el siglo xx, como avalancha, llega a la nación entera. Podía sorprender, por ejemplo, que *Atenea* se editase en Santiago, siendo la voz de una universidad sureña. Pero, evidentemente, si alguien está encastillado en su casa, hay que ir a ella para hablarle y que nos oiga. Además, *Atenea* necesitaba amigos en la capital y los encontraba abriendo sus páginas a cuentistas y poetas, periodistas y críticos. El profesorado de la U. de Concepción no la copaba. Había un afán de comunicarse con todo Chile.

Que tal gesto era necesario nos lo revela, por contraste, la actitud de la U. de Chile. Únicamente en 1948, por una decisión que pareció locura a muchos, se hizo la primera Escuela de Temporada fuera de Santiago, en La Serena. Fue menester la intuición femenina de Amanda Labarca para lanzarse a semejante aventura.

Sobrevino la guerra de España, en seguida la Segunda Guerra Mundial, y llegué yo, como otros muchos, a Chile. El país nos recibía hidalgamente, con una hospitalidad que incluía, por supuesto, el tenerse por seguro, fuera del área en crisis. En mis amigos chilenos, la guerra suscitaba compasión hacia Europa y esperanza respecto a América. Al reincidir en la locura bélica, Europa se estaba suicidando, de modo que América, legítima heredera de su cultura, le sucedería como antorcha de la humanidad. Sucesos posteriores como la guerra fría o la caída de América del Sur en una situación de continente "subdesarrollado" no eran fáciles de vaticinar. Se tomaba por señal de madurez, de capacidad sudamericana, lo que quedaba aún de vida colonial y cachazuda, sin apremios.

Por lo que atañe a las letras, este ambiente tranquilo impedía entender que D'Halmar y Prado, Barrios y Edwards Bello, cuyas audacias interesaban a la minoría y no angustiaban a nadie, eran una brillante continuación más no el principio de lo nuevo. Si no ha surgido el lector adecuado, el escritor no basta. En cuanto a la gran trilogía lírica —Gabriela, Neruda, Huidobro— era motivo de orgullo nacional, por su resonancia en el extranjero.

Sin lugar a dudas, los escritores que he citado como ejemplo, lo mismo que otros, también valiosos, podían ser encuadrados igual que en Europa, dentro del realismo, el neobarroquismo, el ultraísmo, etc. Pero yo encontraba pobres estas clasificaciones de tipo escolar, no me ayudaban a asir lo propio y singular de Chile. Ponía más atención, por eso, a otras perspectivas.

Había quienes se inclinaban hacia una visión telúrica, con lo cual aproximaban Chile al resto del Continente. Sin embargo, no se llegaba muy lejos en tal dirección. Recuerdo oír a Ricardo Latcham que Chile progresaba gracias a los terremotos, que le sacudían periódicamente. Algo análogo a la guerra, para Europa. De modo que la naturaleza intervenía estimulando al hombre, no anulándolo, como la selva ecuatorial; y de un hecho semejante a otros americanos brotaba una consecuencia análoga a lo europeo.

Limitaciones y reservas de varia índole se hacían, a su vez, en cuanto al desierto del norte, rico, sano, y aun al del sur. En definitiva, ambos resultaban marginales y Chile se caracterizaba por su variedad, por ser "un país de rincones", según frase de Mariano Latorre.

Otra perspectiva interesante partía de considerar al roto como un símbolo de chilenidad. Mas el problema se embrollaba, empezando porque debía saberse qué tipo humano se designaba con tal palabra y, en seguida, qué rasgos del roto valían como esenciales y qué otros, secundarios u ocasionales, empezaban a individualizar. A propósito del roto creado por Edwards Bello, examinábase en las tertulias si cabían rotos urbanos o debían ser campesinos y, mejor aún, nómadas. Por otra parte, de aceptar la valentía y la masculinidad como lo decisivo, el roto se desdibujaba como típico hombre del pueblo. Sin transición visible, podía pasarse al bandido romántico, capaz de sacrificios decisivos, y también al gran señor y rajadiablos.

Mariano Latorre entendía al roto en contraste con el huaso. El huaso, un epicúreo socarrón, mestizo, acomodado al medio. El roto, un aventurero ascético, desambientado y con bastante sangre española.

Lautaro Yankas derivó a dividir al roto en subtipos, buen recurso para abarcar lo que de otro otro modo se deshacía, como un paquete demasiado grande.

Por supuesto, cabía revisar los antecedentes, remontarse a Riquelme y aun a la etimología de la palabra roto, sin conseguir con ello frutos apreciables.

Por otras vías se me iba revelando también el enigma. Una tarde, estaba yo en la estación Alameda, dispuesto a sacar boleto para un viaje, cuando un hombre que me precedía en la cola hizo algo inesperado: se registró los bolsillos y fue sacando de ellos cuanto dinero tenía, después lo empujó hacia el boletero y dijo sobriamente:

—Pa' onde llegue.

Quería irse y lo más lejos posible. A dónde, en concreto, le tenía sin cuidado. Por añadidura, no se reservaba ni un peso, luego no entraba en sus planes volver.

El roto, como hombre del pueblo inquieto y seguro de sí, autosuficiente, se me mostraba en su pureza.

Pero el chileno vagabundo se daba en todas las clases sociales. Abundaban, como fui comprobando, los marinos, artistas, negociantes y curiosos que habían viajado por el mundo entero. Algunos de estos errantes, como el millonario Santa María, D'Halmar, Cotapos, la Mistral, eran tan ejemplares como el roto de la estación.

Por si fuera poco, aprendí en González Vera otro secreto sobre las inquietudes de la sociedad chilena. Quienes permanecían geográficamente asentados practicaban muy a menudo cierto curioso nomadismo: el de cambiar de oficio. De modo que el dentista devenía crítico, y nada malo, el profesor, vinatero, el farmacéutico trocábase pedagogo, etc. En el pueblo, abundaba el "maestro", enciclopedia de varias actividades, que gozaba llevándolas en rotación.

Todo esto mientras, en Europa, el campesino se aferraba al terruño, y en las ciudades, incluso París, había gente que no salía nunca de su barrio.

Se imponía —usando las ideas de Ortega— una interpretación deportiva de la sociedad chilena, más bien que económica. La circunstancia no oprimía al hombre, le dejaba un amplio margen de libertad para escoger.

En la creación literaria, por supuesto, se entraba y se salía como en las demás profesiones. Junto al hombre consagrado a las letras, que producía periódicamente, se daba el autor de un solo libro, a veces interesante. Eso sí, ni el autor ocasional ni el de producción reiterada vivían normalmente de la literatura. Se dedicaban a dar clases o al periodismo, si no eran terratenientes, militares, burócratas.

El período chileno comprendido entre el terremoto de 1939 y el de 1960 —más efectivo que la superficial división por períodos presidenciales— supuso un cambio del cuadro de valores y la aparición de un mundo nuevo. La novísima ciencia, ya como técnica aplicada, tomó la delantera y escindió a los países en desarrollados y subdesarrollados, si bien igualmente nerviosos y oprimidos por la circunstancia.

En el ámbito de la literatura y de cuanto coopera con ella a la existencia de una sensibilidad y una visión auténtica del mundo, la falla más grande de Chile está en la carencia de un cine propio. En seguida, de corresponsales en el extranjero. Así que el país, como en 1924, no ve claro, a través de películas foráneas y de agencias noticiosas ajenas. La literatura cuenta con un aliado: la radio, hasta donde el anuncio y la rutina se lo permiten. El puente entre ambas y la Universidad —la extensión universitaria, la revista humanística— cobra una importancia mayor que nunca.